

CAPÍTULO VII

DON HISTÓGENES Y DOÑA NEOPLASIA

No sin aprensiones reingresé en el estado multicelular de D.^a *Neoplasia*. Asaltábame mi escrúpulo : lo del sombrero. Mostrar á la soberana el blanco apostolado que se había apoderado de mi cráneo, parecíame tan violento para mi discreción, como para mi cortesía dejar enquistada mi calva en la chistera. La nariz, es decir : el feo aditamento que en ella llevaba, ¿ delataría mi imprudencia ? Pensé que no, porque la reina no me había prevenido nada concreto en lo relativo á la apófisis facial ; pero ¿ no habría ella calculado que las alas del sombrero habrían de preservarme el promontorio ? — « Qué diantre, — pensé, — diré que este me ha venido por tabla. De descubrirme tendré siempre tiempo ». Pero éste pasaba más veloz que mis pensamientos y un segundo campanillazo vino á advertirme que la señora estaba impaciente. Entré súbitamente.

D.^a *Neoplasia* se había cambiado los vestidos de trabajo por el de córte. Rozagante falda de terciopelo, elaborado en las manufacturas diartrodiales, por el procedimiento de la *degeneración velvética* de los cartílagos, usado en las *artritis secas* incurables de los viejos ; corpiño, de color granate, de *plexos vasculares telangiectásicos* y *melánicos* de los tegumentos ; brillante cinturón blanco, de finísima *neuroglia encéfalo-raquídea*, con placas *escleróticas* de *ataxia locomotriz progresiva* ; fulgente diadema de *tumores perlados*, intercalados con gruesos *odontomas*, abrochada en la nuca por dos magníficos *onicogrifosis* podálicos. Estaba vestida con propiedad, pompa y sencillez. Sus cabellos, arrollados en largos bucles, esparcíanse graciosamente sobre el seno turgente, visible hasta dos centímetros más allá del arranque de entrambos hemisferios. En su aspecto, porte y continente, positivamente majestuosos, se echaba de ver una reina curtida en el augusto oficio.

Al verme, conocí que algo explosivo trataba de contener en su boca, pues se le contrajeron espasmódicamente los de Santorini, y entre nariz y labios aplicóse un pañuelo aponeurótico, que por sus dimensiones, debió ser del *gran dorsal*. Conocí que allí había risa comprimida, y que la hilaridad procedía en línea recta de mi deforme nariz. Con grandes esfuerzos, pudo S. M. recuperar el centro de sus gravitaciones musculares, y, con la seriedad compatible con el festivo estado emocional de que se sentía dominada, me dijo :

— Sr. D. *Histógenes* : disimulad mi tardanza. Atenta á la recomendación de vuestro amigo, he debido prepararos un espectáculo digno de vuestra ilustración.

— Señora, — repuse, — yo soy quien debe pedir é imploro perdones por mi indiscreción ; mas, ya lo véis, — añadí quitándome resueltamente el sombrero, — en mi superlativa curiosidad he hallado terrible expiación.

En la cintura de D.^a *Neoplasia* ocurrió algo extraordinario, que debió ser un fuerte estallido en ruptura, indicio cierto de que los músculos abdominales hacían de las suyas, en perjuicio de la elasticidad del cordón de las enaguas y de un par de corchetes del corsé que rodeaba la augusta cintura. Hubo pausa convulsiva, hasta nueva reposición de la soberana ; la cual, expedita nuevamente la palabra, dijo :

— Sr. de *Micolini*: sois ya de los prudentes, puesto que sois de los escarmentados. *Equimosis*, á buena cuenta, — pues desconoce el arte de trabajar en *vilo*, — os libraré de esas excrecencias. *Yo ya me las he reido*, y me han hecho muchísima gracia.

— Gracias por la gracia, señora mía; sólo desearía saber si en este benemérito país quedan aun muchos á quienes les haya de hacer mucha *gracia* mi incomparable *desgracia*.

— No temáis: aquí no predomina la alegría; el grito y el llanto son muy frecuentes.

— Pues bien, señora; si os parece, podríamos dejar mis lupias é ir al grano.

— Al grano, al grano: á eso voy yo. ¿Cómo estáis de ortografía?

— Medianamente, señora;... sé que esta palabra se escribe con H...

— ¿Y de caligrafía?

— Tal cual: no tengo más defecto que el de comerme los puntos de las *ies*.

— Yo os los pondré. Entonces, para la solemnidad que se prepara, seréis mi Secretario.

— Aceptado, y con muchísimo agradecimiento.

— Sentaos, callad y escribid. Va á principiar la recepción de mi familia.

CAPÍTULO VIII

DISCRASIAS Y NEOPLASMAS

A un signo de la soberana, entraron dos ujieres con porra, túnica corta y bonete de loco, según requiere el oficio. Parecían dos leoncitos: tuberculosos los pómulos, las cejas, la barba y la nariz; hundidos los ojos; proeminentes los labios, á beneficio de tres ó cuatro tubérculos del tamaño de almendras; sus piernas semejaban las de un elefante, y sus manos eran tan granosas como su rostro.

— *Lázaro*s de la noble Grecia, venid acá, — dijo D.^a *Neoplasia*. — Las órdenes de este caballero deben seros tan respetadas como las mías.

— ἄγε, φέρε. — Bien, bien está, — respondieron á *duo*, con voz de tiple masculino.

— Dad la entrada, — dijo la soberana.

— *Ἡμεῖς ἀγγελοῦμεν ὅτι ἀνθρωπὶ καὶ αἱ γυναῖκες εἰσέρχονται εἰς τὸν οἶκον.* — Os anunciamos que hombres y mujeres pueden entrar, — gritaron los ujieres.

Y comenzaron á entrar los representantes de la dilatada familia de los *Onkos*, los *Neoplasmas*, llevando del brazo cada uno una señora. A medida que entraban, los caballeros acompañaban á las señoras al lado derecho del trono, colocándose ellos á la izquierda. Había una docena de cada sexo, y se dispusieron en semicírculo abierto delante de la Reina. Esta se levantó, levantéme yo también, y ésta dijo:

— El Sr. de *Micolini*, célebre profesor allá en su tierra, nos hace el honor de visitar nuestro país, con el objeto de enterarse de sus usos y costumbres. Al presentároslo, espero que no os reiréis de su figura. Sr. D. *Histógenes*, ahí tenéis á mis hijos, machos y hembras: *Neoplasmas* y *Discrasias*, que serán vuestros servidores.

— Señoras y señores — repuse, — admirador de lo bello y de lo útil, como hijo que soy del siglo XIX y nacido en las templadas costas de la península ibérica, acudo á este país en busca de impresiones. Allá en mi tierra, se habla de *Oma* de una manera incierta y vaga; á muchos de esos nobles moradores se les tiene por *parásitos*; otros afirman que son de la misma casta que los demás vivientes y les califican de *homólogos*, mientras que otros, los franceses sobre todo, se obstinan en la *heterología*. Deseando, entre otras cosas, formar concepto exacto de lo que haya en lo relativo á la *homología* y *heterología* de los *Onkos*, he venido á este país, sometiéndome voluntariamente á sus leyes y recibiendo como primera entrega de su hospitalidad, esos trece quistes, que, si no constituyen adorno en mi figura, los aprecio en mucho, pues serán testimonio perenne é irrecusable de que he hecho personalmente este viaje. Con que, señoras y señores, ya soy vuestro servidor, y si á tanto alcanzan mis merecimientos, vuestro fiel amigo.

— Y entre tanto — dijo D.^a *Neoplasia*, — nuestro discreto secretario.

— Con honra y con muchísimo aprovechamiento, según espero.

Hubo un momento de silencio, durante el cual retratábase la inquietud en todos los semblantes. Se conocía que cada uno recelaba ó esperaba mucho de las consecuencias de aquella sesión.

CAPÍTULO IX

SE ABRE LA SESIÓN. — EL PLEITO DE LA HERENCIA

Se abre la sesión.

Veinticuatro brazos se levantaron á estas palabras, que pronunció la soberana, en ademán de dar rienda suelta á la palabra.

— Ahora tiene la palabra, en nombre de las *Discrasias*, la más prurítica de mis hijas, la señorita *Herpética*.

Herpética. — Yo, que soy la más exenta de compromisos en la herencia que tenemos en pleito, doy las gracias á Mamá, en nombre de mis hermanas, por haberse dignado oír nuestro alegato antes que el de nuestros hermanos, los *Neoplasmas*. Voy á plantear el tema, exenta de toda preocupación. Soy *herpética* por nacimiento; el temperamento fué mi progenitor; linfa y nervios son los fundamentos de mi constitución: por esto soy blanca y sonrosada; por esto son rubios mis cabellos, azules mis ojos, colorados mis labios, desoladas mis cejas y pestañas, fina mi nariz y delgadas y transparentes, como pergamino, mis orejas. Salto y brinco por la alegría; si me enfado, se me pasa pronto; me irrito como una histérica; padezco cefalalgias y gastralgias, me acatarro por el vuelo de un mosquito, y me *escamo* y *descamo*, sembrando harina y salvado en mi camino. Soy flaca, pero muy succulenta, y aparte de *eritemas* y *eczemas*, que segregan mucílago, os puedo asegurar que todos los meses salen *flores blancas* en el jardín de mi virginidad.

Soy, pues, una *Discrasia primitiva*, hereditaria, de la sangre, yo vivo en la sangre, y porque en ella vivo, produzco en la piel y en las mucosas los *dartros* que me caracterizan y distinguen. ¿Habrá *eczemas*, *impétigos*, *psoriasis*, *pitiriasis*, *liquenes*, ni *prurigos*, simétricos, picantes, escamosos ó segregantes, si yo no residiera en el pasma? Soy, lo repito, una *Discrasia primitiva*, por derecho propio, y sobre mí no ejerce dominio nadie más que el *Arsénico*.

— Pido la palabra, — dijo *Carcinoma*.

— Ahora bien — continuó *Herpética*, — si por las razones expuestas, nadie puede disputarme el derecho á titularme *Discrasia esencial*, sostengo, con los mismos fundamentos, que el mismo derecho las asiste á mis once hermanas, *Escrofulosa*, *Cancerosa*, *Sarcomatosa*, *Artrítica*, *Reumática*, *Sifilitica*, *Tuberculosa*, *Leprosa*, *Pelagrosa*, *Escorbútica* y *Lipomatosa*. Así, pues, con el más profundo respeto y veneración, á nuestra madre y augusta soberana suplico: se sirva decretar la *esencialidad de las discrasias*.

Las *Discrasias* rodean á la oradora, la besan y la abrazan con efusión; *Escrofulosa* le regala una patata mal cocida; *Tuberculosa*, un plato de tapioca sazonado con *bacilos*; *Sifilitica*, un *collarcito de Biett*, extraído de un liquen; *Leprosa*, una leontina de tubérculos anestésicos; *Pelagrosa*, un mazorca de maíz y una jicara de chocolate aguado; *Cancerosa*, un enorme *fungus hematodes*, con todas sus consecuencias; *Artrítica*, un par de *tofós*, para los índices; *Reumática*, un metro de tela fibrosa, extraído de su propio pericardio; *Lipomatosa*, una pastilla de jabón, elaborado con su misma *estearina*; la última en el *ofertorio* es *Escorbútica*, quien, no teniendo cosa que regalar á su hermana, le da un beso hemorrágico, que la tiñe la cara y le ensangrienta el vestido.

Herpética, llena de júbilo por su triunfo oratorio, no advierte este accidente, pues, por otra parte, su atención es atraída por la amenazadora actitud que se acentúa en el campo de los *Neoplasmas*.

Estos tosen, gruñen, patean, amenazan con los puños á sus hermanas y, á no mediar el respeto á la madre, rompen el semicírculo que de ellas les separa y hubiera la de Dios es Cristo, entregándose á barbaridades que la pluma se resistiría á contar. Enardecidos, bullen de impaciencia; pellizcan y pinchan á *Carcinoma* para que hable, lo mismo que se hace con el bicho en el chiquero.

Con estas indicaciones, el lector comprenderá cual era el estado del ánimo del nuevo interlocutor.

Carcinoma se adelanta, rompe de un doble golpe de sus uñas manuales sus vestiduras tegumentarias, y pone de manifiesto un estroma alveolar, henchido de células epidérmicas, con muchas venas dilatadas y á punto de determinar copiosa hemorragia.

— Hermanos — dice, imitemos á los jueces de Roma, cuando se sentían despechados por la injusticia; hermanos, desgarrremos nuestras togas.

Todos hacen lo posible para imitar el heroico procedimiento de *Carcinoma*; pero no todos tienen igual valor, ni en todos lo que podría llamarse *toga* tiene la misma resistencia.

Epitelioma, hermano gemelo de *Carcinoma*, no tiene nada que romper, y pone de manifiesto una red vascular bastante pobre, que alterna con gruesos grupos de células epidérmicas, sin tejido conjuntivo. *Sarcoma* es el más rico en células fusiformes y de gran tamaño; pero no ha hecho más que abrir una pequeña rendija en sus vestiduras; *Fibroma*, *Condroma* y *Osteoma*, dicen que aguardan ocasión más propicia para ulcerarse, pues esta es determinación que un buen tumor no debe tomar hasta última hora; *Psammoma* y *Glioma* alega: el primero que se encuentra bien hallado en las arenas del epéndima de los ventrículos cerebrales, y el último, entre los palitos y granitos de la retina, rellenando el globo del ojo; *Mixoma* es muy generoso:

rompiendo su epitelio, enseña células que tienen muchas analogías aparentes con las que posee *Carcinoma*.

Terminada esta escena *desgarradora*, muestra de la participación en el sentimiento de indignación de que los *Neoplasmas* se hallan poseídos, *Carcinoma* emprende su *discurso* en los siguientes términos:

— Grave, gravísima responsabilidad pesa sobre mis débiles hombros: la de defender, con mi inarmónico acento, con mi incorrecta palabra, el derecho de los *Neoplasmas*, en contra del que alegan las *Discrasias*. Nosotros, que somos los *varones de la Fama*; nosotros, que en línea recta descendemos de la augusta soberana que tan discretamente gobierna este país; nosotros no podemos abdicar nuestros fueros ni de la parte que nos corresponde en la soberanía, atemperándonos al capricho de nuestras hermanas. ¿Se ha abolido acaso la *ley sálica*? Y aun cuando fuese abolida ley tan sabia y prudente, ¿quién podría disputar nuestra prioridad en el organismo. ¡Bravo argumento el de las *Discrasias*! Si aparece — dicen, — un *Neoplasma*, es porque una *Discrasia* le ha engendrado. Pero esta *Discrasia* ¿en qué daba fe de vida antes de aparecer el *Neoplasma*? «No la daba — dicen, — pero el hecho de presentarse el *Neoplasma*, es prueba irrecusable de la preexistencia de la *Discrasia*». Hermanas mías, no os quiero hacer entrar en enorme plancha, glosando en favor de nuestro derecho argumento tan baladí. Mas yo digo que no se ha visto ni se verá jamás un *canceroso* sin *cánceres*, ni un lipomatoso sin lipomas, ni un sarcomatoso sin sarcomas, ni un escrofuloso sin escrófulas ó escrofulides. ¿Qué es, pues, lo primero, el mal local ó el estado general? Responded, *Discrasias*... Mira, *Herpética*, no me hagas la mamola, que befas no son razones.

Herpética. — He dicho que nuestro derecho no se funda en la prioridad de la manifestación morbosa, sino en la herencia patogénica. ¿Estás satisfecho?

Carcinoma. — No lo estoy; porque vosotras, *Discrasias*, invocáis el derecho á la herencia con iguales títulos que lo invocamos nosotros, *Neoplasmas*. Es más: nosotros os precedemos en la posesión, ó sea en el uso visible de este derecho. ¿Por qué, sino, *cancerosa*, no ostenta su color térreo, su enflaquecimiento, su fiebre y sus dispepsias antes de que yo haya hecho mi aparición en toda regla en algún tejido epidérmico, evolucionando según los preceptos de arte y repululando en donde Mamá me ordena? Tú vienes en pos de mí; tú me subsigues y me coincides;... pero tarde, muy tarde:... nunca, jamás me precedes. No eres, pues, *primitiva*, no eres *esencial*, sino *secundaria, consecutiva*. La herencia es campo fértil; en él nosotros somos la *semilla*, vosotras el *fruto* y la *cosecha*; y ¿quién precede, la simiente ó la cosecha?

Las palabras de *Carcinoma* han causado sensación.

Los *Neoplasmas* manifiestan compartir sus opiniones. D.^a *Neoplasia* ha movido repetidas veces la cabeza en muestra de asentimiento, y un buen número de *Discrasias* se ponen el pañuelo en los ojos, expresando llorar su derrota. Todo, pues, se prepara en favor de los *Neoplasmas*.

La irritable *Herpética* pide la palabra.

— Señorita — dice D.^a *Neoplasia*, — hablad sin entregaros á vuestros habituales excesos de alcalinidad, que cauterizan y deslien en demasía la discusión.

Herpética. — Respetable Mamá: obediente y sumisa á vuestras órdenes soberanas, no tan sólo seré breve, sino *esdrújula* y aun evitaré el ser *ritmica*.

Diga el señor *Epidérmico*,
Que así blasona de *plásmico*,
Dígame, en tono *científico*,
Cuando escalpelo *quirúrgico*
Le escinde ó el hierro *cáustico*,
En su lecho *aponeurótico*,
Quizás le asa, ¿por qué el *pérfido*,
Repulula en el *linfático*
Ganglio tal vez el más *próximo*?
Responda, con razón *clínica*,
Si ya no fuera *discrásica*
La causa *patogenética*
De su existencia *oncológica*,
¿Cómo, sin lazo *anatómico*
Reaparecería *súbito*
En su territorio *orgánico*?

No diga que las *radículas*
De su textura *histogénica*
Quedaron acaso *vívidas*
En fértil campo *histológico*;
Que esto tachar es de *impérito*
Al operador *quirúrgico*
Que extrajo el globo *epidérmico*.

...
¿Queréis razonar más *clínico*?
¿No son mis razones *prácticas*?
...Lo dirá Mamá *amadísima*...
...Yo el fallo aguardo *impertérrita*
Contra la injusta ley *sálica*,
Que nos es muy *antipática*...
...Y, agotado ya el *esdrújulo*,
Quédese mi lengua *estática*.

Carcinoma — pide la palabra para rectificar. — «Propóngome defender á los ausentes, los cirujanos, ultrajados por mi viperina hermana. Si vosotras, *Discrasias*, fueseis esenciales y primitivas y nosotros, *Neoplasmas*, mera hechura vuestra, ¿qué calificativo merecían los cirujanos que nos amputan, excinden, estrangulan ó reducen á pavesa? Unos malvados serían; porque, aparte de que racionalmente no podrían concebir la más pequeña esperanza de éxito, suprimiendo el tumor, mero emuntorio de las impurezas de la sangre, vendrían á obstruir este albañal, por medio del que la sangre se descarta de sus *materias pecantes* — como se decía tiempo atrás. — En vez de escindir y quemar tumores, deberían — si quisieran ser lógicos y al mismo tiempo honrados, — abrir nuevas fuentes de depuración: fontículos, sedales, cauterios, vejigatorios, purgantes, diuréticos, sudoríficos y sialogogos;... he ahí los medios de la terapéutica racional de un esencialista consecuente y recalcitrante. Cuchilla, escalpelo, sierra, escoplo, martillo y cauterios deberían ser para ellos armas prohibidas, puesto que, á más de que son instrumentos de tortura, no sólo no pueden sanar — pues el *tumor* nace de la *Discrasia*, — sino que se oponen á la evacuación de las impurezas. El esencialista que quirúrgicamente procediese, á más de tonto de capirote, sería un malvado, pues se le podría decir que opera sin fe, sin convicción, sin conciencia... por amor á la paga. Y ahora viene lo culminante, lo silogístico de mi rectificación: es así que los cirujanos son sabios y honrados y que de sus delicadas obras manuales resulta la curación radical de los tumores; *ergo* estos son primitivos y las *discrasias* secundarias... Madre y señora nuestra: dignaos decretar el *Origen local de las Discrasias*.

El orador da evidentes maestras de fatiga y de cólera mal comprimida; al terminar su peroración se desahoga en una hemorragia capilar, que alarma á su propia madre y á sus hermanos. Las *Discrasias*, en cambio, no pueden disimular el contento que les causa el grave accidente de que es víctima su hermano *Carcinoma*. Solícita, acude D.^a *Neoplasia* y, con una disolución de *hazelina*, restaña la sangre; hecho lo cual y ocupando nuevamente el alto solio, exclama:

— Queda al punto suficientemente discutido y se proveerá. Levántase la sesión. Lázaros, despejad.

— *Νοὺ ἀντίξω ἰτωσαν*. — Ahora idos — gritaron los ujieres.

Los concurrentes se precipitan atropelladamente á la puerta, ganosos los unos y las otras de hallarse libres de las miradas de la soberana, para decirse verdades como puños y administrarse algún argumento de sabor traumático. Los ujieres, por su parte, apresuraban la evacuación del estrado, amenazando con la porra á los que pretendían rezagarse ó trasconejarse por entre las columnas; yo me levanté también é iba á decir «y yo ¿qué hago?» cuando la soberana, que penetró mi intención, me dijo:

— Señor D. *Histógenes*: si el quedaros no os contraría, me haríais merced de vuestros servicios.

El corazón me dió un salto de plenitud de satisfacción y sólo acerté á decir: — «Señora, con mil amores».

CAPÍTULO X

INSINUACIONES DE CUPIDO

— Señor de *Micolini* — dijo D.^a *Neoplasia* una vez se hubo sentado en un confidente contiguo al sillón que yo ocupaba. — me han interesado vuestras referencias al concepto que entre vuestros paisanos se tiene de la *homología* y *heterología* de los *Onkos*, y me ha sorprendido la disparidad que en esta materia reina entre vosotros; ¿seríais tan amable que os dignaseis imponerme en los pormenores de esta *hisiogénica* cuestión? ¿Cómo entienden la *homología* los oncólogos de raza germánica y cómo la comprenden los de raza latina?

— Señora: en mi tierra, que somos producto de mezcla de razas latinas, góticas y arábicas, insiguiendo la manera de pensar de los alemanes, de quienes, mal que nos pese, sufrimos muchas imposiciones, llamamos *homólogos* á los tumores que constan de la misma substancia que la del punto donde nacen y crecen, y consideramos *heterólogos* á aquellos cuya textura difiere esencialmente de la del territorio en donde viven. Un *fibroma*, en una aponeurosis, en un tendón ó en el neurilema, será un tumor *homólogo*: mas si un *Onko* de esta catadura apareciese en la epidermis ó sobre un epitelio, sería calificado de *heterólogo*. El parecer de los franceses es muy distinto: llaman *homólogos* á los neoplasmas cuyo tejido encuentra representación en cualquiera de los tejidos normales de la economía, y *heterólogos* á los que no tienen semejante en el organismo sano. Ya veis, señora, que esto ocasiona gran confusión: yo, viniendo á la patria de los *Onkos*, me he impuesto la misión de disipar esta obscuridad.

— Según esto, amigo mío, vuestros compatriotas, así del Norte como del Mediodía, están tocando el violón á cuatro manos. Aquí no hay *homología* ni *heterología*: los neoplasmas son hechuras mías; cada cual es como yo lo hago. Llámame *Madre*, porque yo les doy el sér y el alimento; mas yo no soy su madre uterina, ni podría serlo, por razones anatómicas que mi recato me impide detallar, pero que no podrían ocultarse á vuestra reconocida sagacidad. Si yo fuese la madre de los *Onkos*, en el genuino sentido de esta palabra, ¿no tendríais vos el derecho de preguntarme por la salud de mi augusto esposo?

— Perdonad, señora, mi inconcebible omisión... Cabalmente esta pregunta se me ha venido á los labios ya más de una vez en el breve rato que ha transcurrido desde que he tenido la honra de conoceros; pero cierto reparo, que creo me sugería el instinto y la discreción que inspira el recato de una dama augusta, han enfrenado mi natural curiosidad... y, vamos, ahora me felicito de mi comedimiento.

— Yo no soy casada, ni viuda, ni jamás incurri en faltas libidinosas... y no obstante soy la *Madre de los Onkos*. Mas, como llevo dicho, no soy madre uterina, ni tubo-fallopiana, ni ovárica: para los *Onkos* no hay *concepción* ni *gestación*; sólo existe *confección directa*, de *toutes pièces*: yo los fabrico. ¿No me habéis visto hacer un *Lipoma*? Pues con la misma soltura fabrico un *Carcinoma*, un *Epitelioma*, un *Sarcoma*, ó cualquier otro. Ya nacido, un neoplasma nada sabe del misterio de su origen. Ve que le crío, le alimento y le educo; quiéreme y me respeta como madre y me obedece como á reina.

— Esto no obstante, amabilísima señora mía, es preciso convenir en que vuestras superficies son por demás tentadoras. A juzgar por ellas, concurren en vos partes muy notables, que el más exigente consideraría sobrantes para proporcionar una espléndida luna de miel y además la felicidad perdurable de un buen marido. Yo mismo he debido saturarme del profundo respeto que vuestra autoridad infunde, para no aventurar una declaración expresiva de mis afecciones más tiernas y de mis sentimientos más ardorosos.

— La cual, dicho sea con la franqueza á que nos autoriza la soledad de este local, no hubiera quedado sin resonancia en este mi corazón, si en este mi reino estuviesen en uso los vínculos del matrimonio. ¡Oh, cuántas veces el destino, implacable destino, se convierte en verdugo de nuestros más delicados afectos!

— Señora: soy célibe, castísimo y medianamente rico, pero humilde por temperamento. No venía preparado para hacer el amor á nadie y mucho menos á una soberana. Vuestras prendas personales me cautivan. Mi corazón no contiene sangre, sino lava; pero vuestras declaraciones anatómicas son de hielo... ¿Mas no existe amor platónico?

— Este sentimiento pertenece á los tiempos prehistóricos. Hoy día ni los novelistas lo aceptan. Dicese que ni por hombres ni mujeres se cotiza en el mercado de las afecciones.

— ¿Es esto verdad? He oído de un médico sapientísimo que *el amor es una flegmasia aguda é intermitente, que, si no se resuelve pronto, termina por supuración y eliminación del exudado*. Esto es blasfemar; blasfemar de los sentimientos, purísimas vibraciones del alma. Las almas se subliman; no supuran.

— Pero el amor las enardece y las volatiliza: sus vapores tenuísimos lleguen al cielo. ¿Me amáis?

— Como el que más. ¿Y vos á mí?

— Sois mi primer amor.

— Y vos el único de mi vida.

— ¿Nos casaremos pronto?

— En cuanto vuelva de mi patria y lo consienta papá.

Que al oír estas palabras D.^a *Neoplasia* se mordió de despecho el labio inferior, y que yo, desde el fondo de mi corazón, elevé al Sér Supremo un himno gratulatorio por haberme inspirado respuesta tan discreta, puede el

lector haberlo adivinado, y aun se habrá dado cuenta de los cinco minutos de silencio que subsiguieron á estas palabras.

Jamás he sentido apego á la coyunda ; al oír las revelaciones de D.^a *Neoplasia*, pensé que un adarme de galantería, prudentemente administrado, me abriría el camino de mis investigaciones oncológicas. Cuando, rodando el diálogo, vime envuelto en una declaración con formales promesas de inminente *casulla*, lo confieso, sentíme crecer dos palmos las orejas. Nunca, empero, me cansaré de aplaudir mi inspirada salida de pie de novio.

D.^a *Neoplasia* seguía traumatizándose cruentemente el labio : una hemorragia de la coronaria era inminente. Ante tal amenaza quirúrgica, resolvíme á quebrantar el penoso silencio que entre nosotros reinaba.

— Amiga — la dije, sobándola con mucha suavidad un dedo de su tomentosa mano, — nuestros vínculos son ya indisolubles, en el foro de la conciencia, fiel reflejo y esplendente luminar de todos los sentimientos. Para dirigiros una pregunta, aguardo de vos sólo una palabra.

— Doctor, la emoción nunca fué buena consejera. Agítanse en mi seno vapores de una felicidad jamás sentida ; sólo me apena la tardanza. Vuestra respetabilidad es garantía de vuestra palabra. Preguntad, pedid, ó, más bien, mandad.

— Pues insisto, si no es con pesar vuestro, en la *homología* y *heterología*. Presumo que esto entraña un secreto de Estado ; mas siendo vos la soberana, nuestra identificación personal debe ser motivo para que desaparezcan los misterios.

— ; El misterio ! No hay tal, sino un procedimiento tecnológico que desconocen vuestros sabios. Si este fuese un secreto, llamaríale el *Secreto del Blastodermo*, que es aquella túnica de que me visteis vestida cuando me ocupaba en confeccionar el ya dos veces nombrado *lipoma*.

— Explicadme, pues, si no es rebasar los límites de la discreción, el *Secreto del Blastodermo*.

— Vais á saber lo que es el *Blastodermo* y de qué manera se emplea para formar tejidos patológicos.

CAPÍTULO XI

EL SECRETO DEL BLASTODERMO. — GESUNDHEIT

— *¿ Sprechen sie deutsch ?*

— *Nein, meine Frau.*

— Es decir, doctor querido, ¿ que no conocéis el eufónico idioma de Schiller ? Esto, más que modestia, es humildad. El Ministro de Fomento de la noble España, de la culta España, de la liberal y católica España, debiera decretar — pues tiene derecho á ello y para ello le sobran razones, — que todo médico español del próximo porvenir, fuese buen germanista. La razón es obvia — por más que, Doctor querido, se escape á vuestra superior ilustración. — ¿ No hace ya muchos años que, en Berlín, se decretó que *alle Arzte* — todos los médicos, — estaban obligados á saber el español ? Estas son correspondencias que derivan en línea recta de la urbanidad internacional, sancionada por el Derecho de gentes ; cosa que, por $a + b = x$, quedó demostrada hasta la saciedad, si no mienten mis informes, en las Islas Caroli-

nas y otras glorias españolas contemporáneas de idéntico calibre, que la Historia — *die Gesichte*, — de vuestro noble *Vaterland* — país, — conservará en sus esplendentes páginas.

Pues bien, *Lieber Freund*, — querido amigo, — habéis de saber que las voces *Gesundheit* y *Krankheit*, significan, respectivamente, *salud* y *enfermedad*, y como los alemanes han sido los que principalmente han intervenido en el asunto que me propongo explicaros, he considerado que no holgaría este exordio germanológico.

En los tiempos de María-Castaña, entre los dos nombrados personajes — *Gesundheit*, salud, y *Krankheit*, enfermedad, — medió un diálogo por extremo curioso, el cual, por vínculo de herencia, ha llegado á mi conocimiento, sin el más pequeño desmoche ni adición. De este coloquio os daré lectura, pues lo poseo escrito en caracteres rúnicos. Pero ¿no os interesaría antes saber las señas particulares de las interlocutoras?

— No sólo me interesa el diálogo, sino que considero de primera necesidad que empleéis vuestra incomparable gracia para hacerme conocedor de la biografía de los personajes.

— *Gesundheit* — salud, — añadió D.^a *Neoplasia*, — ejercía el oficio de tejedora de toda clase de telas, parénquimas y substancias celulares é intercelulares, con amplia libertad y sin competencia, en todo el reino organizado. Para su industria tenía en abundancia primeras materias, ó sean cuerpos inorgánicos, y además los principios inmediatos, tales como albúmina, fibrina, caseína, margarina, oleína, etc.; elementos anatómicos, como hematocitos, leucocitos, citoblastos, citoblastemas y plasmas de todas las densidades; gránulos, corpúsculos, núcleos y nucléolas de todos los tamaños y dimensiones... ¡Qué maravillosa y al mismo tiempo cuán sencilla era su industria! Tomaba una célula, la dividía en dos y en cada mitad ponía medio núcleo de la célula primera. Repetía la operación en ambas mitades y, si primero había obtenido dos células, inmediatamente conseguía cuatro. Así, prosiguiendo, en progresiones geométricas, multiplicaba de manera prodigiosa los productos de su ordenadísimo laboreo. De esta suerte trazaba los primeros lineamientos del *embrión*, en una *mancha embrionaria*, circundada de una *área lúcida* y de otra *área obscura*, en cuyo centro se veía una *línea primitiva*, que poco después se transformaba en *cuerda dorsal* y luego en *pilar de vértebras*.

Entretanto quedaba constituido el *Blastodermo*; labor membranosa, en la que se distinguían tres hojillas, que en la técnica de *Gesundheit* llamábanse *ectodermo*, *mesodermo* y *endodermo*. Con el *ectodermo*, la más superficial de las telillas, compuesta de células poligonales, muy voluminosas, forma *Gesundheit* el sistema nervioso del embrión y la epidermis, con todas sus dependencias y derivaciones, incluso la lente cristalina de los ojos. Con el *mesodermo*, constituido de células redondas mutuamente comprimidas, elaboraba toda la masa principal del embrión, excepto los epitelios cutáneos y mucosos, las glándulas y los órganos centrales de la inervación. Con el *endodermo* fabricaba los epitelios de las mucosas aérea y cibal, las glándulas dependientes de estas membranas y además unas vesículas, llamadas *umbilical* y *alantoides*, que en época ulterior debían desaparecer.

De esta conformidad continuaba *Gesundheit* su trabajo durante la vida del individuo, sacando materiales de una ú otra tela blastodérmica, según

eran los pedidos. Tratábase, por ejemplo, de hacer tejido muscular, fibroso, tendinoso, óseo ó cualquier otro de los que en la manufactura se llamaba de la clase de los de *substancia conjuntiva*:... echaba mano del *mesodermo*; era preciso alargar un nervio roto ó echado á perder,... al *ectodermo*; había una desolladura de la piel ó de una mucosa,... al *ectodermo* también; era, al contrario, preciso atender á un roto ó á un descosido del pulmón, intestino, hígado ó bazo,... buscaba y encontraba preciosos materiales de elaboración en el *endodermo*.

Os digo que la de *Gesundheit* era una industria ordenadísima y perfectamente arreglada; por esto, sin duda, disfrutaba de la más completa confianza en todo el organismo. Decíase que *Gesundheit* era la mayor gloria de la Nación, y se la consideraba como el architipo de la probidad industrial. Jamás sufrió delaciones ni fué conminada con multas. La Reina *Bios* la había nombrado proveedora exclusiva de su casa. En el imperio de *Terapia* únicamente tenían entrada sus productos, los cuales se pagaban á buen precio cuando liquidaban sus cuentas los médicos y aun más especialmente los cirujanos. En una palabra, la fábrica de *Gesundheit* era la mejor del mundo y la más bien administrada. Sus obreros estaban siempre contentos: vivían más felices que los de Mulhouse, y aun cuando celebraban frecuentes fiestas y jolgorios con mucha alegría y aun á veces con verdadero esplendor, jamás se entregaron á la *grève* — huelga — tumultuosa, agresiva, y á menudo ocasionada á traumáticas y hasta gangrenosas resultancias, que más tarde y con sobrada repetición, se observaron en *Krankheit*.

Libre, feliz é independiente, vivía *Gesundheit* allá en el Asia Menor, en el Paraíso Terrenal, disfrutando de las maravillas del *Cosmos*, recién salido de las manos del Creador. Así, en sempiterna bienaventuranza hubiera seguido gozando del supremo bien de la inocencia — que no debe confundirse con el supremo mal de la *ignorancia*, — por más que algunos quieran sacar partido de esta confusión — á no mediar cierta *serpiente*, cierto *árbol* y cierta *mujer*: la cual — la *mujer*, — á más de coger una manzana de aquél — el *árbol*, — lo cual probaría que éste era un manzano,

— Cosa que no está aún averiguada,
por no estar de acuerdo algún testigo;
y así alguien, volviendo la tostada,
diz, no fué manzana, sino un higo, —

cediendo á las sugerencias de la primera — la *serpiente*, — dióselas á catar al compañero.

De ahí vino que Él se enfadó mucho; pero mucho...

— Es un misterio á todas luces muy profundo,
ver un Dios de bondad siempre iracundo, —

y condenó al hombre al trabajo y á la muerte, y á la mujer á morir también y á parir los hijos con dolor, y á los dos á comer pan amasado con el sudor de su rostro — *pan osmhidrósico*, — y á padecer, al influjo de los medios cósmicos, sus vasallos *in partibus* del porvenir.

Adán, ruborizado de verse desnudo ante Eva, también desnuda,

— Por donde se echa de ver,
por más que, lector, te asombre,
que antes fué el pudor del hombre
que el pudor de la mujer, —

cubrió sus vergüenzas con una hoja de higuera.

— Si la higuera causó el primer pecado,
su hoja hipócrita lo dejó tapado, —

lo cual no fué obstáculo suficiente para que Eva, aun cuando eutóticamente y con presentación de vértice occipito-iliaca anterior izquierda, echase al mundo, con el ya nombrado dolor, primero á Caín y más tarde á Abel. Caín fué autor del primer traumatismo mortífero intencionado, y, por lo mismo imputable, en la especie humana. Una mandíbula de burro el primer agente traumatizante que criminalmente actuó sobre el Rey de la Tierra, y Abel la primera persona paciente, ó gramaticalmente hablando, el primer predicado de una segunda de activa de naturaleza quirúrgica.

Con estas y otras razones del mismo jaez, y de idéntica intensidad, *Kran-*
kheit dirigióse al Supremo Gobernador del Universo Mundo y obtuvo de Su Divina Majestad un permiso en regla para instalarse en el *Microcosmos* — hombre. — *Gesundheit*, á pesar de los pesares, se vió obligada á admitirla en sus dominios y á concederla audiencia para entrar en pactos.

— Amada señora mía — dije yo, interrumpiendo á la dama, — ¿no conserváis en vuestros preciosos archivos ninguna fotografía de *Gesundheit*? Sería curioso tener idea óptica de dama tan esclarecida como bondadosa. Hay en mi tierra un cantar que dice :

« No te puedes figurá
Colasa lo que me gusta
sobre una pierna robusta
una liga coloráa... »

¿ Sería el cuerpo de *Gesundheit* robusto como el de la Colasa ?

— No obra en mis archivos imagen iconográfica de *Gesundheit*, porque la luz solar y las sales argénticas aun no habían empezado á hacerse la competencia ; pero la tradición verbal ha conservado fidelísimamente la efigie de la interesante matrona. Imaginad, Doctor simpático, unas piernas como las de la Colasa ; unos antebrazos cuyos surcos demarcaban las tres regiones anatómicas — pues no se trataba de esas hipertrofias crurales que, á expensas de los miembros torácicos, engendra el arte coreográfico ; — unos brazos como muslos ; unos hombros como nalgas ; un seno turgentísimo, que en cada inspiración levantaba, *no uno, sino dos mundos* ; un cuello de base más ancha que la de la política que ofrecen todos cuantos solicitan benevolencia al escalar el poder ; con unos esterno-cleido-mastoideos que eran muros ciclópeos para unas carótidas como el índice que tan amorosamente me tocáis ; un abdomen que no conoció el cingulo, y una pelvis capaz de servir de casco

al mismísimo Goliat. A lo dicho añadid un rostro bien musculado, pero desprovisto de los pliegues y surcos permanentes que labran la sensualidad y el odio crónico; una magnífica y sonrosada bola de Bichat en cada carrillo; frente espaciosa; cutis del color del trigo bueno; graciosas cintas de coral en ambos labios; una dentadura que haría competencia á las perlas de Cleopatra; por nariz una pirámide de esas que ya hoy día no se fabrican ni para las mujeres del Cáucaso, destinadas á ilustrar los estrados del Harem — esas que el ardoroso hijo del Sultán roba á su padre, más celoso que potente, sin duda poseído del noble sentimiento de fomentar la longevidad de su augusto progenitor; — á la greña los cabellos, pues los tenía arrollados como la vid los zarcillos, y en fin, unos ojos negros... negros como las penas, y fúlgidos como los rayos del astro meridiano, vibrando con primor sin igual el enojo y el amor, la dignidad ó el desprecio; todo al compás de los más delicados movimientos del ánimo. Tal era físicamente *Gesundheit*.

— Ahora, con franqueza, decidme cariñoso *Histógenes* — y cesad, si os place, de sobarme el dedo, pues me siento venir un panadizo, — decidme: ¿os gusta el retrato de la *Salud*?

— Lo que me faltan son palabras para ponderar la exactitud de los detalles. ¿Permitís que aproveche estas impresiones para trazar un diseño de la nobilísima señora?

— Agradeciendo y admirando siempre, inclito doctor. Si vuestro lápiz, como espero, es afortunado, y vos lo solicitáis, os explicaré las señas particulares de la rival de *Gesundheit*.

— ¿De *Krankheit*?

— Cabal. Veo que no sois repulsivo á los nombres alemanes. Mas, para este boceto suplico indulgencia, pues se trata de mi tatarabuela, y la pobre era muy mala. Decir la verdad ¿será ofender á mis ilustres ascendientes?

— La verdad es anterior á todos los progenitores: emanación directa de Dios, propágase en el mundo sin necesidad de generaciones.

— ¿Sois filósofo?

— No soy gastrónomo y tiro más del camaleón que de Heliogábalo.

— ¿Lo decís porque os sentís desfallecido? Ahí tenéis una taza de riquísimo protoplasma que os confortará.

Gracias... Pues que el género abunda, tomaré un par de sorbos.

— ¿Queréis mezclar un poco de quilo recién traído de la Cisterna?

— Mejor sería... Pero ¿era tuberculoso el individuo?

— No dejaba de tener bacilos en los ganglios del mesenterio; pero ese quilo ha sido sometido á una presión azóica de cuarenta atmósferas y el microbio ha sido aniquilado.

— Está sabroso y huele á queso.

Restauradas un tanto mis fuerzas radicales, armé el lápiz, y en la misma mesa de materia ósea tuberculosa eburnea, que contigua estaba, tracé el esquema de *Gesundheit*, que mereció de D.^a *Neoplasia* entusiasta acogida.

— Gracias mil y mis parabienes. Este diseño pasará al Archivo. Estoy preparando una galería de bellas para el Príncipe, y, si me veo honrada con algunas visitas tan propicias como la vuestra, las venideras generaciones *oncológicas* se holgarán de poder contemplar su ascendencia en una numerosa y excelente colección de retratos de familia.

CAPÍTULO XII

DIE KSANYHEIT (LA ENFERMEDAD)

— Ahora, pues, decís lo tengo merecido, habládme de las señas particulares de *Krankheit*.

— Oídme y tomad una substancia alcalina, pues mi parienta era un odre de vinagre...

Calamidad fué pública y privada .
Toda era para el mal ; para el bien nada.
Debilidad, miseria, gran flacura,
Dolor, fealdad y amarga desventura ;
Arrugas, encorvamiento y palidez,
Inapetencia con sed y languidez,
Suciedad, peste, incuria y abandono,
Pesar, ruina, desnudez, ira y encono ;
Senilidad y hedor de podredumbre,
Edemas, sabañón, falta de lumbre,
Parásitos, hemorragia y esfacelos ;
Atrofia de los músculos gemelos,
Gibas, tumores, pus y hasta algún cuerno...
...Este fué el patrimonio sempiterno
De *Krankheit*... y el hombre lo halla ahora
Al abrirse la caja de Pandora.

— Precioso, inmejorable retrato. Pido venia para otro ensayo iconográfico.

— Concedido : lo destinaré para mi guarda-pelo. Siento pasión por las virtudes de mis progenitores.

— Se conoce que habláis como heredera agradecida.

— ¿ Decíslo en broma ?

— Hago justicia á la rectitud de vuestros sentimientos. El vapor de la sangre no puede ofuscar la imparcialidad de vuestro elevado criterio... Continuad... ¿ Qué hizo *Krankheit* tan pronto estuvo en relaciones con *Gesundheit* ?

Exhibió un autógrafo del divino puño, el cual literalmente decía :

« Yo, que soy el que soy, porque puedo y quiero, ordeno y mando :

« *Artículo único*. — A la presentación de este documento, *Krankheit* entrará en posesión del organismo, con los mismos derechos y prerrogativas de que hasta hoy ha disfrutado *Gesundheit*, y con la más lata libertad para dedicarse á las industrias textiles que ésta ejerce ; á cuyo efecto se servirán ambas, con iguales derechos, del *Blastodermo*, así como de los plasmas, diastases, fermentos y principios inmediatos que contiene la economía ; pudiendo, además, una y otra emplear los medios cósmicos como reactivos y agentes provocadores de las modificaciones vitales que necesiten para su respectivo funcionamiento industrial.

» Dado en el Cielo, el mismo día del Pecado original ».

Hay un sello, que consiste en una figura parecida á un sombrero de gen-darme, rodeada de una serpiente que se muerde la cola. En el centro del tri-cornio, en ambas caras, se ve una alfa y una omega. Vese, además, en el ángulo superior, un cuerpo culminante, que hoy día parece un murciélago, símbolo de la vigilancia nocturna, pero en aquellos tiempos pudo muy bien ser un penacho ó algo precursor del adorno distintivo de nuestros generales llamado *florón*. Hay, por último, una rama de palmera y otra de laurel, desgastadas por el uso y deformadas por haber pasado al estado fósil, pues es cosa sabida que los tiempos que corremos *fosilifican* rápidamente todas las instituciones viejas, y especialmente las cosas de *Heráldica*, que se van volviendo inútiles:

CAPÍTULO XIII

EL DIÁLOGO Y EL PACTO

Levantóse D.^a *Neoplasia* y á poco volvió cargada de unas grandes tablas de pizarra, en las cuales estaban esculpidas estrambóticas figuras, que luego supe eran caracteres rúnicos. Contenían el diálogo y el pacto celebrado entre *Gesundheit* y *Krankheit*. ¿Quién fué el taquígrafo que recogió esta conversación y de qué medios se valió para oír sin ser atisbado por las interlocutoras? Cosas son estas por ahora veladas á la limitada inteligencia de los humanos, máxime cuando se tiene en cuenta que en aquellos tiempos primitivísimos no consta la taquígrafía entre los inventos de la humanidad. Pero ¡cuántas cosas hay que se creen y no se explican! ¿No sabemos ahora mismo las textuales palabras con que Dios se dirigió á Adán cuando le dió posesión de la tierra? El mismo taquígrafo de estas palabras pudo serlo de las del diálogo. El hecho es cierto y la certeza está por encima de las disquisiciones de los que pretenden encontrar la verdad en los extractos de la Historia.

— Leamos, si queréis, este documento — dijo D.^a *Neoplasia*, — acercaos.

Me aproximé y coloquéme de manera que, levantando la cabeza por detrás de los hombros de la soberana, al paso que podía ver las lápidas, me era dado contemplar algo más proeminente y esférico, al par que más incitante para mi sexto sentido, de la propiedad corporal de D.^a *Neoplasia*. Miróme, se sonrió y me dijo:

— Paréceme que tenéis más afición á la Geografía que á la Paleografía? — Y se echó el ya conocido aponeurótico pañuelo blanco en los hombros, con lo cual quedaron densamente velados ambos hemisferios. — Leed y atemperraos.

El texto decía:

Gesundheit — (aparte). — Hoy es viernes de Cuaresma y todo me saldrá al revés. — Mirando el divino autógrafo: — Es un documento en regla y tendré que apechugar con la prójima. ¿Estará V. fatigada? Descanse V. en esta otomana de musgo. ¿Tomará V. chocolate? ¿Le gustaría más un vasito de leche de burra?... La de Balaán la tiene riquísima.

Krankheit. — Puedes excusar cumplidos y apear el tratamiento. Nada de lo tuyo necesito. Mi alimento, cuando me venga el hambre, será ese cuerpo que tú tanto remilgas. La misión mía es devorarlo, destruirlo y acabar con el individuo.

Gesundheit. — Eso no será mientras yo viva.

Krankheit. — Te mataré en cuanto te opongas á mis designios.

Gesundheit. — No harás tal, que yo aquí soy la dueña y tú una advenediza. Aquí vives de precario.

Krankheit. — Empieza á enfrenar tu lengua.

Gesundheit. — La tuya has de moderar, que no tienes educación.

Krankheit. — Mira que te la canzero.

Gesundheit. — ¿Qué es canzero?

Krankheit. — Pues, henchírtela de células epidérmicas en un estroma de tejido conjuntivo.

Gesundheit. — ¡Dios mío, qué barbaridad! ¿Y tu conoces la industria plástica?

Krankheit. — Más que tú, rutinaria, embrionaria.

Gesundheit. — ¿Rutinaria? ¿Por qué?

Krankheit. — Porque no tienes otro modelo que el embrión, y el embrión es un mito del porvenir.

Gesundheit. — Claro está que me sirve de modelo, y lo tengo á mucho honor... ¡Viva la *homología*!

Krankheit. — Tu modelo no existe. Es aún una ontología. No han pasado cuatro días de la Creación ni veinticuatro horas del pecado original. ¿Ha sido fecundada la mujer?

Gesundheit. — Cónstame de un modo positivo.

Krankheit. — Pero el huevo apenas ha llegado á la trompa.

Gesundheit. — ¿Y qué?

Krankheit. — Que el embrión no está aún formado.

Gesundheit. — Pero preexistía la ley del desarrollo y á ella atempero mis actos. Las leyes son anteriores á los actos. Yo no guío mi industria por los actos, sino por las leyes de la organización.

Krankheit. — Pues la ley de *homología* ha sido precedida del acto y de la ley de *heterología*.

Gesundheit. — Mientes.

Krankheit. — Adán ¿no salió del barro? ¿Eva no se originó de una costilla de Adán? ¿Dónde estuvo el embrión del primer hombre? ¿Cuál fué el embrión de la primera mujer?

Gesundheit. — El barro, á falta de pasta más fina, era el plasma universal; el mundo un huevo inconmensurable.

Krankheit. — Ese plasma universal ¿se agotó todo en el primer hombre?

Gesundheit. — No lo sé, aun cuando la magnitud de la obra permitiría suponerlo.

Krankheit. — ¡Magnitud! Mejor dirías *ampulosidad*. El organismo humano es un castillo de naipes: llego yo, soplo y queda fuera de quicio. Tiempos vendrán en que los hombres sacarán del seno de los organismos más sencillos el *hialoplasma universal*.

Gesundheit. — Esto sería la *panspermia*: *omne vivum ab ovo*.

Krankheit. — Esto sería lo opuesto á la *pansperenia*: la espontaneidad de las generaciones.

Gesundheit. — Meras apariencias que no resistirán al fuego que enrojece retortas y alargaderas, aniquilando gérmenes á los que el aire contenido en los recipientes sirve de vehículo.

Krankheit. — Los mismos cristales de los cuerpos inorgánicos — el cloruro de sodio, por ejemplo, — se multiplican como los organismos: por sciciparidad.

Gesundheit. — De esto será lo que tasare un sastre.

Krankheit. — Pues ya está tasado. Se demostrará en laboratorios... Pero vamos al caso: ¿quieres guerra ó quieres paz?

Gesundheit. — Quiero paz; pero quiero una paz armada para evitar la guerra.

Krankheit. — Pues cédeme el *Blastodermo*.

Gesundheit. — No, que el *Blastodermo* es el vellocino de oro, y éste no se posee sin conquistarlo.

Krankheit. — Tengo á él derechos indiscutibles: quien lo formó me ha otorgado participación. Partámosle en dos mitades.

Gesundheit. — Eso no. Con esto se demuestra que no es tuyo: la prueba del juicio de Salomón. Dividido, moriría... preferiría dártelo todo.

Krankheit. — Escrupulos de beata... vamos, no soy menos cariñosa que tú. He ahí mi pacto: le emplearemos simultáneamente, á nuestro antojo, conservando su integridad.

Gesundheit. — Mucho me duele que la preciosa túnica tenga que andar en manos tan malas como las tuyas; pero cedo al mandato de la superioridad.

Krankheit. — Pues redactemos el contrato, firmémosle y sea Dios nuestro notario.

Gesundheit. — Ahí va ese punzón de cuarzo y esta tabla de pizarra. ¿Escribes tú ó escribo yo?

Krankheit. — Escribe tú que eres más diestra.

Gesundheit. — Pues escribo.

« Junto á las tapias del Paraíso Terrenal, al ponerse el sol del mismo día en que fué cometido el pecado original, obedeciendo á las soberanas órdenes de Su Divinidad, el Autor y Gobernador del Universo Mundo,

Pactamos:

1.º Que las abajo firmadas quedarán instaladas en el organismo humano, con igualdad de derechos y con entera libertad para ejercer sus respectivas industrias textiles, tróficas, asimiladoras, desasimiladoras, plásticas, disolventes, secretorias, repulsivas, absorbentes ó exhalantes, etc., etc.; pudiendo emplear, á tenor de sus necesidades, todos y cualquiera de los elementos de la economía orgánica, así como y principalmente el *Blastodermo* y los agentes cósmicos.

2.º Aun cuando las dos disfrutarán de igual derecho de ejercicio de sus respectivas industrias, la una podrá modificar, alterar y hasta destruir los productos de la otra.

3.º El individuo disfrutará de la libertad de alegrarse ó entristecerse, reír ó llorar, gritar, callar ó morder un pañuelo, una sábana ó cosa parecida, á tenor de las circunstancias en que se encuentre, y por ningún pretexto se le podrá cohibir en el ejercicio del derecho del pataleo, por ser éste individual y como tal inalienable, inexpugnable é ilegislable.

Firmado:

Krankheit
Gesundheit

Declaré no haber visto en mi vida documento más interesante, por lo cual no escaseé plácemes á D.^a *Neoplasia*. Señora — añadí, — entonces vos sois la heredera universal de *Krankheit*.

— No tal : mi noble parienta repartió en diferentes lotes su patrimonio industrial : á *Pirexia* la legó las calenturas ; á *Flegmasia* las inflamaciones ; á *Neurosis*, las convulsiones, las parálisis, las neuralgias y las vesanias ; á *Trauma*, las heridas, las fracturas, las luxaciones, las hernias y las quemaduras ; á *Catarro* — un mocoso muy *tozudo*, — las inflamaciones de las membranas mucosas ; á *Tubérculo*, las tisis, patrimonio que, no ha mucho, le ha sido disputado por *Escrófula* ; á *Rea*, los flujos serosos y sanguíneos, y á mí me cedió los *Neoplasmas* y sus respectivas *Discrasias*. Todos y todas trabajamos á favor del *Blastodermo*, con buena ó mala suerte y con más ó menos sujeción á las reglas embrionarias.

Comprendí que la Reina se sentía fatigada. La dí gracias por su amabilidad y pedí permiso para salir á recorrer los alrededores de la *Casa Capitular de los Neoplasmas*.

— Bien — me dijo D.^a *Neoplasia*, — mas no olvidéis vuestra promesa. Visitad los establecimientos públicos de la ciudad de *Trophos*. Dirigíos á mano derecha : encontraréis un callejón sin salida ; es la *Costanilla de los Epidémicos*. En la casa del fondo vive *Carcinoma* ; ya le conocéis : él os conducirá para haceros ver la Casa de Beneficencia, el Hospital, el Campo Santo, la Cárcel, el Cementerio, la Casa del Censo. Son los establecimientos más dignos de ser visitados por un sabio de vuestro calibre. Os aguardo para que me comunicéis vuestras impresiones... y para dar la última mano á nuestro asunto.

Saludé con reverencia y envié, con la mano derecha, un beso á mi presunta consorte ;... en cuanto á la mano izquierda, la tenía en la faltriquera del pantalón, cerrado el puño, y el pulgar entre el índice y el dedo medio : hacía una higa latente, *hipo-indumentaria*, y, alborozado, pensaba : si te he visto no me acuerdo ; el buey suelto bien se lame ; acción y pensamientos picarescos de que el lector sabrá perdonarme, en gracia de la ingenuidad con que los confieso.

CAPÍTULO XIV

LA VILLA DE TROPHOS

Trophos es una ciudad cuya fundación se remonta á los tiempos del pretérito plusquam-perfecto. Ocupa una bonita posición en un cerro escarpado del litoral del *Mar de los Delirios*, desde el cual se divisa la capital del Imperio, sita en la isla de *Trauma*, con sus artillados muros. Apenas se han subido media docena de escalones, á partir del puerto, el viajero se encuentra á la entrada de la *Casa Capitular de los Neoplasmas*. Esta, además de la principal, tiene una puerta posterior, verdaderamente excusada, pues lleva el número 100, número redondo, al cual en el reino de *Oma* no sería lícito atribuirle el significado que entre nosotros tiene, pues las costumbres y convenciones de allá son muy distintas de las de acá. Salí de la *Casa Capitular* por el número 100, y me encontré en una calleja de aspecto lúgubre. Las moradas no estaban tiradas á cordel, sino á serpiente : diríase que los mora-

dores tenían horror á la línea recta. Las casas eran de un material extraño, que allí llaman *chitina*, muy adhesivo, duro y crustáceo, que al sol brillaba como una disolución de goma concreta. No se veía madera, ni piedras, ni tierra. Los albañiles de la población se denominan *pediculi* y pertenecen á la familia de los *apteros*. Hay *pediculi corporis* y *vestimentorum*, según el barrio donde habitan. Cada casa es un nido. Tiene una entrada; ninguna ventana ni balcón; un comedor, que está en el centro, y un almacén de víveres, que forma una galería en herradura alrededor de la vivienda. Algunas tienen puertas, otras carecen de ellas; la mayor parte presentan vestigios de una puerta abierta por violencia, incapaz de volverse á cerrar, por desquiciamiento y rotura del material. En las casas que se hallan en estas condiciones, se ve un rótulo que dice: *ulcerado*.

A doscientos pasos de la nombrada puerta número 100, posterior de la casa capitular, la calle aparece interseccionada por un puente. Fórmanlo dos grandes tablas de *colesterina*, constituyendo un paso, por demás angosto, vacilante y, por ende, peligroso. El pretil del puente se halla representado por una cadena de vasos linfáticos y ganglios de la misma laya. Corre ruidoso por debajo de las tablas el río *Sanies*, el cual inmediatamente después, se engruesa con un afluente: el *Icor*. Ambos derivan de los montes de *Oma* y desembocan en el ya nombrado mar de los *Delirios*. Sus aguas son cenegosas, fétidas y sanguinolentas, y el limo que depositan al desaguar en la playa, forma un banco muy temido por los marinos. El *Sanies* se bifurca, y después de un trayecto de unas dos millas de divergencia, en el cual se encierra un territorio de seis hectáreas, llamado la *Cité de las Telangiectasias*, vuelve á unirse formando un solo tronco, que se desliza en un terreno arenisco, el cual en el país se llama *Psammoma*.

Unos pocos callejones ascendentes, en fondo de saco, y otros, en igual número, descendentes, y abiertos del lado del litoral, constituyen la villa de *Trophos*.

Sus edificios públicos son de propiedad del Estado, se hallan emplazados al otro lado del río.

La calle correspondiente al lado posterior de la casa capitular, que era la que yo recorría en el momento histórico á que mi relato se refiere, tenía dos nombres: por la acera derecha se llamaba calle de los *Neoplasmas*, y por la acera izquierda, calle de las *Discrasias*. No tengo noticia de ninguna otra vía pública con un binomio tan singular.

Las callejuelas ascendentes, ó que arrancaban de la mano izquierda de la transversal, carecían todas de salida, y se denominaban: la 1.^a, del *Fibroma*; la 2.^a, del *Sarcoma*; la 3.^a, del *Osteoma*; la 4.^a, del *Condroma*; la 5.^a, del *Odon-toma*; la 6.^a del *Mixoma*; la 7.^a, del *Adenoma*; la 8.^a, del *Linfoma*; la 9.^a, del *Angioma*; la 10.^a, del *Neuroma*; la 11.^a, del *Glioma*; la 12.^a, del *Psammoma*, y la 13.^a, de los *Epidérmicos*. En ésta había una ramificación lateral, que era el callejón del *Epitelioma*.

Las calles descendentes, ó de la mano derecha, eran también trece, y se llamaban: la 1.^a, *Fibroplástica*; la 2.^a, *Sarcomatosa*; la 3.^a, de la *Osteomalacia*; la 4.^a, de la *Raquitis*; la 5.^a, de las *Herpétides*; la 6.^a, de las *Angiectasias*; la 7.^a, de la *Escrófula*; la 8.^a, de la *Leucemia*; la 9.^a, de las *Neurosis*; la 10.^a, de las *Vegetaciones*; la 11.^a, de la *Lepra*; la 12.^a, de la *Pelagra*, y la 13.^a, de la *Sífilis*.

Describir una calleja, equivale á describirlas todas; no he visto jamás mayor uniformidad ni al propio tiempo más general suciedad urbana. Encaminéme por la costanilla de los *Epidérmicos*. Tenía á lo menos el seis por ciento de declive. Estaba *entarugada* de células epidérmicas, poliédricas unas y poligonales otras, de donde considerables desniveles y otros tantos motivos de tropiezo. Corría por ambos lados un albañal descubierto, que conducía un líquido sero-sanguinolento y grumoso, que exhalaba una pestilencia hidro-sulfo-amónico-butiro-osmico-láctica insoportable. Se conoce que los vecinos practicaban el sistema evacuatorio de *tout al égout*. En casi todas las miserables viviendas que constituían esta calle, se veía el rótulo: *ulcerado*. En el fondo de la costanilla se levantaban la habitación del mayorazgo, el palacio (*¡rissum teneatis!*) de *Carcinoma*.

CAPÍTULO XV

CARCINOMA Ó EL PRÍNCIPE HEREDERO

Allí me dirigí. También en el soportal había el letrero *ulcerado*; mas no se veía puerta ni abertura. ¿Por qué? Porque el *Neoplasma* se hallaba en ella de manera que, sacando fuera brazos y cabeza, cubierta ésta de una incommensurable boina encarnada, parecía un hongo que tapaba por completo la entrada. Hubiérase dicho, á juzgar por la primera impresión, que en la puerta había un colosal paraguas de color de amaranto, tendido en expectativa de desecación.

— Amigo — le dije, así que pude divisarle la vitola, — vuestra señora mamá me ha hecho la gracia de recomendarme á vuestra solicitud para visitar, en vuestra compañía, los establecimientos públicos de la villa; ¿puedo contar con vuestro beneplácito?

Carcinoma, por toda respuesta, salió de sus casillas, me asió del brazo y anduvimos *costanilla* abajo. Atravesamos el puente de los ganglios, y de paso mi compañero me hizo notar las particularidades hidrográficas que respecto del *Sanies* y del *Icor* llevó apuntadas. Al otro lado del puente, se halla la *Plazuela de los Pigmentos*, y en ella se levanta un edificio de construcción indefinible, en estado ruinoso, en cuyo frontispicio se lee: *Hospicio de los Degenerados*.

En el *Hospicio de los Degenerados* entramos, con mucho respeto de la portera, que era una mujer de aspecto céreo; uno de tantos albergados que ejercía la primera, aunque la más humilde de las funciones administrativas. Conocí en esto que á *Carcinoma* se le tenía en mucha consideración en toda la villa. Había un vestíbulo, poco alumbrado, con un banco, en el que estaban echados unos pocos individuos del asilo, reducidos á la última expresión.

— Estos son los *adiposos* — dijo *Carcinoma*, — que van á ser reabsorbidos por haber perdido todos los derechos á la existencia en este reino. Volverán al torrente circulatorio; serán quemados y el *Cosmos* les acogerá en su seno. (R. I. P.)

Frente á nosotros aparecía un patio porticado, en el cual se veían tres compartimientos: en el del centro había varias canastas de fideos, macarrones, sémola, arroz y arrofrroth.

— ¿Qué es esto, una semolería? — dije yo.

— No señor — repuso *Carcinoma*, — esta es la sección de los *amiláceos*: son también *degenerados*; hacen oficios de semoleros, pero por más que la substancia que elaboran se parezca al almidón, es azoada y por el yodo no se vuelve de color de violeta, si no interviene el ácido sulfúrico.

— Pues ¿por qué venden fideos y macarrones?

— Porque son matuteros y aquí no hay almotacenes.

— Entonces serán ricos.

— ¡Quiá!... Son unos pobretes;... casi todos vienen de las vísceras y se arruinaron por haber gastado excesivamente en hiperemias, hipertrofias y otras francachelas que les atribuyeron los vasos nutricios. Al otro lado, á la derecha, están los albuminosos. Para subvenir á sus extremas necesidades venden huevos sin yema; esta es otra sofisticación tolerada en este país, y para que veáis si hay aquí indulgencia para los matuteros, os diré que la albúmina de los huevos que éstos venden, en vez de clara, transparente y uniforme, como debe ser la albúmina pura, es espesa y granulosa. Pero aquí se acepta todo como moneda corriente.

— Estos industriales si que serán ricos...

— De serlo no vivirían en el hospicio. Son también indigentes arruinados, y raros serán los que dentro pocos días no pasen á la categoría de *adiposos*, para ser reabsorbidos.

Anduvimos unos quinientos pasos y nos encontramos frente á un edificio dividido en dos compartimientos á beneficio de una pilastra central: el más próximo á nosotros era la *Cárcel* y el más distante el *Cementerio*.

La *Cárcel* era del sistema celular de Fröbel más riguroso: verdadero sistema quístico. Allí iban á acabar sus días los *Onkos* que no habiendo sido *chicha ni limoná*, es decir, que no habiendo tenido valor para ulcerarse ni repulular, se habían entregado al ocio, ó lo que es lo mismo, á la vida monástica. Cada uno en su celda; cada cual en su quiste.

— ¿Qué hacen éstos aquí? ¿qué delitos cometieron?

— Nada bueno. Cometieron el delito de vagancia. Viven sobre el país, son los *gaznápiros* del reino. En su existencia cenobítica, no aspiran más que á hacer muchos días. En *Oma* lo mismo da decir *Quistoma* que *vagabundo*.

— Entonces son como nuestras órdenes monásticas.

— Son la causa principal del atraso y miseria del país.

— Lo mismo acontece en el nuestro. Entre nosotros fueron quemados, aniquilados; pero sus cenizas tienen la virtud de las del Fénix: ellos renacen de ellas.

— Los nuestros, cuando son tratados por el cauterio, no vuelven á nacer.

— Entonces, os felicito.

— Ved ahora la galería de la izquierda: es la *Pigmentaria*.

— ¿Son ellos también pobres degenerados?

— Aquí vienen los *Onkos* que, no teniendo una peseta, quieren seguir fantaseando sin ser conocidos por sus respectivos ingleses. Con un baño de *melanina*, *hematoidina*, *biliverdina* ó *colesterina*, se presentan como nuevos, y no se les suele apremiar.

— ¿Cuál es el destino de estos asilados?

— Hállanse en camino de la muerte: se les sigue proceso *necro-biótico*, y el que no se enquistaba ó se gangrena, es irremisiblemente reabsorbido.

Satisfecho estaba de la visita, é íbamos á salir del edificio, para continuar nuestra excursión ; mas la portera, aquella de la cara de cera, nos presentó un tazón de porcelana y un alfiler muy largo, y dijo :

— Buenos señores : una limosna para los necesitados del Asilo.

Carcinoma la dió un esputo de sangre, que á lo menos pesaba ocho gramos : yo, á falta de calderilla bronquial, me administré un buen pinchazo en el pulgar izquierdo, y me hice salir al menos tres millones de *hematies*.

— ¡ Todo sea por Dios ! — dijo la *Cérea*.

Cuanto al *Cementerio*, consiste en un espacio cuadrangular, circunscripto por cuatro tapias ; más bien que de *Campo Santo*, merecía el nombre de *Muladar*. No tenía nichos, ni panteones, ni sepulturas ni fosas ; los restos mortales de los *Onkos* quedaban expuestos á la libérrima acción de la atmósfera. Demasiado revelaban esta perjudicial práctica las pestilentes emanaciones que, hasta de lejos, percibía el olfato : eran estercoleros. Había tres estercoleros : uno para las *gangrenas secas*, otro para los *esfacelos* y otro para los *putrilagos*. Pregunté á *Carcinoma* la razón de semejante incuria, abandono, miseria y falta de respeto á los finados.

— Es que aquí no se mueren sino los pobres : unos, los *inflamados*, mueren de miseria, porque gastaron en demasía ; otros, los *isquémicos*, porque durante su crecimiento no se han cuidado de dejar expeditas las vías de la nutrición, pues han obstruído, con el peso de su cuerpo, los vasos sanguíneos que debían alimentarles. Estos mueren porque dieron de patadas al pan cotidiano. En unos y en otros las *bacterias* y los *vibriones sépticos* hacen su agosto y el resultado es la gangrena, el esfacelo y la podredumbre.

Era para mí tan repulsiva la sensación olfatoria, que hice cuanto pude para salir pronto del *Cementerio*. *Carcinoma*, amable como siempre, conoció mi pena y me condujo á la salida.

CAPÍTULO XVI

PADRÓN Y REGISTRO CIVIL DE LOS ONKOS

Al final de la calle, obstruyéndola (según era uso y costumbre en *Trophos*), levantábase un edificio de aspecto agradable ; así podía ser considerado como un hotel de la clase de los confortables, como un ministerio ó una estación de ferrocarril de primera clase.

— Esta es la *Casa del Censo y Padrón de los Onkos*, — dijo *Carcinoma*. — Preparaos para impresiones muy provechosas.

Entrando, nos hallamos en un claustro cuadrilátero. A mano derecha había una puerta, en cuyo dintel se leía : *Oficinas del Padrón clínico* ; á la izquierda estaban las *Oficinas del Padrón anatómico*.

Nos encaminamos á las oficinas de la derecha. *Carcinoma* empujó una mampara verde y penetramos en una estancia, poblada de mesas-escritorios y taburetes sin respaldo (síntoma patognomónico de que no les era permitido dormir á los oficiales). Cada mesa tenía su correspondiente *corachuelista*, provisto de la característica blanca giba de los naturales de *Oma*. En la mesa de la testera, la de la Dirección, tomaba un chop, cuya espuma rebosaba abundantemente, un caballero de grueso abdomen, rubiamente barbudo y adornado de gafas de oro, á través de cuyos silíceos cristales se veían unos

ojos más azules que la bóveda celeste. Evidentemente era un *deutscher* (alemán).

— Dr. *Billrhot*, — dijo *Carcinoma*, — mi compañero, el Dr. *Histógenes Micolini*, me ha sido recomendado por mi mamá, nuestra augusta Soberana, para que le sean manifestadas las curiosidades de nuestra culta capital: ¿seríais bondadoso hasta el extremo de enseñarle el Padrón clínico que con tanto acierto y sabiduría habéis formado?

— Príncipe — repuso el Dr. *Billrhot*, — vuestros ruegos son aquí órdenes. Compañero — añadió, dirigiéndose á mi humilde persona, — en el cuadro que cuelga de la pared de enfrente hallaréis el medio de satisfacer vuestra plausible curiosidad. Yo, por mi parte, agradezco las palabras lisonjeras que el señor Príncipe se ha dignado dirigir á mi modestísimo trabajo.

— Gracias, colega ilustre. ¿Me será permitido tomar un apunte?

— Sois dueño absoluto de este recinto y de vuestras acciones.

Consultado el cuadro estadístico, saqué esta nota:

« El Reino de *Oma*, habida razón á las cualidades de sus habitantes, se divide en cuatro Distritos correccionales:

» *Primer Distrito*, de los *Benignos*: viven solitarios ó reunidos, crecen lentamente, y, una vez extirpados, no se reproducen jamás. Pertenecen á este Distrito: los *quistes* (al primer tapón zurrapas, pensé yo, ¡vaya una benignidad como observaron conmigo los quistes de que me proveyó *Linfita!*), los *Lipomas* (me acordé de aquel que, para castigo de un burlón, confeccionaba la Reina), los *Encondromas*, los *Osteomas*, los *Angiomas*, los *Neuromas* y los *Papilomas córneos*.

» *Segundo Distrito*, de los *Sospechosos*: que de ordinario son múltiples; crecen lenta ó rápidamente, según los casos; propenden á recidivar en el mismo sitio de donde se les ha extirpado; pero jamás infestan todo el organismo. Están adscritos á este Distrito, los *Adenomas* y los *Sarcomas*.

» *Tercer Distrito*, de los *Malvados*: que crecen rápidamente; infestan todo el organismo y siempre recidivan, no sin antes haberse cebado en los ganglios más próximos. Sólo los *Carcinomas* pertenecen á este Distrito.

» *Cuarto Distrito*, de los *Rematados incorregibles*: que crecen con rapidez, infectan todo el organismo en pocos días y son muchos y blandos. El único representante de este Distrito es el *Fungus hematodes* ».

Con un leve, pero finísimo saludo, nos despedimos del Director, y apenas habíamos llegado al patio del claustro, díjeme yo á *Carcinoma*:

— Este alemán no tiene muy buenos humos; debe ser un murmurador consumado; lo siento por el poco respeto con que os trata en su famoso cuadro y por el triste concepto que de vos tiene formado.

— Es que aquí tampoco le hacemos caso. Me tiene inquina porque nunca ha podido curar ningún *cáncer*. Si fuese más listo, conocería á los míos al punto en que nacen, y entonces podría operarles sin recidiva; pero, como no los extirpa (porque no acierta á distinguirlos desde que asoman), sino cuando son ya tamañitos, y limita el escalpelo al territorio en que ellos habitan, déjales las raíces y le vuelven á brotar bajo sus mismos dedos.

— Francamente, el sistema *demotáxico* de este buen señor, esto de dividir los *Onkos* en *sospechosos*, *buenos*, *malos* y *rematados*, me causa el mismo efecto que un político de nuestro país (el cual tiene un sabañón perenne en la nariz), que divide los partidos militantes en *legales* é *ilegales*. — Príncipe: en

mi patria (que ahora es una monarquía regentada), yo conozco á mucha gente monárquica que merecerían la cadena supra-maleolar, y, en cambio, tengo excelentes amigos republicanos, que son flor y nata de la honradez y de hombría de bien. El Dr. Billrhot no me ha hecho *tilin*.

— Conozco una vez más, D. *Histógenes*, que sois hombre de buen sentido; os admiro y aplaudo. ¿Queréis ahora visitar las oficinas del *Registro anatómico*?

— *Vere dignum et justum est* (es justo y equitativo en verdad), si vuestras bondades, puestas en tela de juicio, y lo que es más, negadas, por Billrhot, no se han agotado aún.

La Dirección del Registro anatómico de los *Onkos* corría á cargo de un señor muy simpático, alto, barbudo, alemán también, pero muy liberal: era el Dr. Herr Rodolfo Virchow.

— Este caballero — dijome *Carcinoma*, — tiene un solo y aun bello defecto, una muletilla en su lenguaje: á cada frase dice *Omnis célula è célula*. Se le tiene contento con sólo repetirle á menudo estas palabras.

— Sabré aprovecharme del aviso — dije yo.

El departamento donde entramos se hallaba dividido en dos estancias por un biombo de madera: la primera contenía el *Registro civil de la familia quística*, de la cual recuerdos harto *presentes* y anti-estéticos conservaba para no tener ganas de volverme á enredar con ella. ¿No sabía de su historia cuanto podía apetecer, por boca de la propia y diminuta *fabricanta Linfoma*? En la sección segunda, llamada de los *Neoplasmas*, despachaba el Director.

— Sr. D. Rodolfo — le dije ateniéndome á las instrucciones de *Carcinoma*, — *Omnis célula è célula*.

— Como *omne vicum ab ovo* — replicó el Sr. Virchow. — Príncipe — añadió, reparando en *Carcinoma*, — ¿cómo sigue su mamá?

— Mi mamá sigue tan buena,
Sin parar de trabajar.

— dijo *Carcinoma* en alegre canto.

— ¡Siempre tan festivo! Os tengo muchísimo cariño; tanto cuanto vuestros enemigos os vituperan y calumnian. No os conocen. El día en que escriba vuestra biografía en mi *Tratado de los Tumores* (del cual tengo publicados tres gruesos tomos y el cuarto será el mejor, puesto que os lo dedicaré y será mi libro de ultra-tumba), os defenderé á capa y espada.

— *Omnis célula è célula* — querido doctor.

— *Utique. — Kennen Sie das Geschichte des Geschwulste?*

— *Ya, Mein Herr; aber es must Spanisch zu sprechen; Mein Freund das es nicht kan. Er ist Dr. Histógenes der Micolini, und er willt ihre arbeit des classes ordens Geschwulste wissen.*

— *Ich werde alle meine arbeit lernen; ich bin ganz glücklich dazu.*

— Dice el señor — añadió *Carcinoma*, — que tendrá el mayor placer en haceros ver el padrón anatómico de los *Neoplasmas*.

— ¿Sois práctico en el microscopio? — me dijo Virchow.

— Medianamente.

— Entonces poned el ojo en los vidrios de este poliorama y veréis perfectamente los representantes de cada uno de los tipos de los verdaderos *Onkos*.

Había junto á la pared y simulando un ancho armario, una caja poliorámica, con diferentes vistas; en la primera se leía: *Tipo primero: Onkos de substancia conjuntiva*; este rótulo comprendía dos oculares, el primero de los cuales llevaba por título *Grupo de los Adultos*, y veíanse, en cuatro grupos separados, los elementos anatómicos respectivos de los *Fibromas*, *Lipomas*, *Condromas* y *Osteomas*; el otro ocular era de los *Embrionarios* y contenía, en otros tantos grupos, la textura de los *Mixomas*, *Sarcómas* y *Cánceres de tejido conjuntivo*.

Al ver *Cánceres de tejido conjuntivo*, di un brinco de sorpresa.

— ¿Qué tenéis, Dr. *Histógenes*?

— Que estos están mandados retirar: serían *heterólogos*, y no hay *Cáncer* que no provenga de un tejido epidérmico.

— Eso lo dicen mis enemigos. Decirles á Thiersch y Valdeyer que yo tengo por averiguado que el tejido conjuntivo es padre de todos los tejidos. ¿Por qué no podría engendrar el epidérmico?

— Porque nosotros nos regimos por las leyes del *Blastodermo*, y éstas están en contradicción con los *Cánceres de tejido conjuntivo*.

— Pensad como gustéis; no por esto hemos de ser menos amigos; pasad, si queréis, á la segunda sección.

Era la de los *Epiteliales* y comprendía cinco oculares, que correspondían: al *Papiloma*, al *Tejido Córneo*, al *Cáncer vellosa*, á los *Tumores perlados* y á los *Cánceres epiteliales*.

— Yo, con vuestro permiso, colocaría en esta sección el *Cáncer de tejido conjuntivo*.

— Agradezco la intención, pero por ahora no necesito de vuestros consejos.

— Teniendo en cuenta la finura de modales, procuraré no reincidir en mi officiosidad.

Pasé á la tercera sección: la de los *Grandes tejidos*.

— ¡Ah! Ya lo veo: este es el *Angioma*; aquí está el *Neuroma*; aquel es el *Adenoma*. Estoy encantado de vuestra obra. Es sencillísima y quizás muy útil. Sólo me ocurre un reparo: cuando tenéis necesidad de identificar la personalidad de un ciudadano, ¿os véis obligados á someter sus carnes al microscopio?

— Nada de esto: por su aspecto exterior venimos en conocimiento de su estructura y adivinamos sus intenciones. Los naturalistas, por el pelaje de un animal, conocen las demás particularidades de su organismo, así como sus usos y costumbres.

— Entonces, ¿cuáles de entre los *Onkos* son los buenos y cuáles los malos?

— No tenemos aquí miras tan mezquinas. Cualquier *Neoplasma* es bueno ó es malo, según el cirujano que le tocó en suerte. *Ni la benignidad, ni la malignidad son esenciales en ningún Onko*.

CAPÍTULO XVII

MUERTE DEL PRÍNCIPE. — DESCAMACIÓN DE D. HISTÓGENES

Durante este coloquio, que yo encontraba sabrosísimo, *Carcinoma* se entretenía en contemplar su propia estructura en el poliorama microscópico, á través del ocular que le estaba asignado. Iba á decirnos algo;... pero se abrió

súbitamente la puerta y apareció uno de los ujieres lazarinos de D.^a *Neoplasia*. Quitóse la gorra, dobló la rodilla ante el Príncipe y en un azafate de plata le presentó un pliego cerrado. *Carcinoma*, trémulo de emoción, pidiónos permiso para enterarse del mensaje; abriólo rápidamente, lo leyó de una mirada, y al momento se puso amoratado como una berengena y se vino al suelo sin sentido.

— ¡ Apoplejía fulminante ! — dijo el Dr. Virchow. — La hemorragia es inevitable.

— Desdichado príncipe *de la sangre*; la emoción le mata. ¿ Qué cosa puede haberle ocasionado tan gran disgusto ?

Virchow despidió al ujier, encargándole notificase tan triste acontecimiento á la soberana, ínterin disponía lo conveniente para que el príncipe fuese trasladado dignamente al hospital.

Apenas hubo salido el lazarino, el doctor recogió el escrito que se había desprendido de las manos del *Neoplasma* al caer; leyólo, y dijo:

— *Carcinoma* no muere de pesar, sino de exceso de alegría: este documento es la notificación del fallo de la soberana, favorable á los *Neoplasmas*. Leed; prescindid de los Resultandos y Considerandos: ¡ leed !

« Fallamos que debemos fallar y fallamos:

1.º Que toda Discrasia es de origen local.

2.º Que los Neoplasmas son anteriores á las Discrasias; y

3.º Que no hay Discrasias esenciales ».

— Aquí veo una nota que me parece os concierne: leedla.

« Te anuncio, querido Príncipe, estimado hijo mío, mi próximo futuro enlace con el Dr. D. Histógenes Micolini. Si se mantiene fiel á sus palabras, el egregio doctor no tardará muchos días en ser tu padrastro y soberano. Reitérale mis afectos ».

— ¡ *Scamati!* — pensé desde lo íntimo de mi conciencia, que se me iba volviendo ancha. — Cumplamos los deberes de humanidad con este apoplético y... pongámos agua; mucha agua, de por medio.

— Doctor — dije, — no hagáis gran caso de la nota: son amores contráidos en la soledad de la sala del trono, en ausencia de testigos... ¿ Se os ofrece algún recado para Berlín ?

Envuelto en fomentos de *ergotina*, que el doctor guardaba en su botiquín particular, con su buena voluntad, auxiliada de la mía, fué *Carcinoma* trasladado al hospital de los *Neoplasmas*, situado al otro lado de la plazuela en donde radicaba la *Casa del Registro de los Onkos*.

En la estancia en que fué colocado no faltaban colgaduras; es decir: extensas, densas y polvorientas telarañas, que á buen seguro habían sido colocadas allí con fines hemostáticos. Apenas quedó el muriente príncipe colocado en un petate de esparto, reventó en copiosa hemorragia, inundando el pavimento, á pesar de la ergotina y de las ya nombradas telarañas. En un santiamén quedóse exangüe; tuvo, sin embargo, para mí sus últimas palabras, pronunciadas en voz tan débil, que apenas las pude recoger con un estetoscopio.

— Decidle á mi hijo *Escirro* que no se enriquezca demasiado; que no atesore elementos epidérmicos, que relajan el estroma y reblandecen el cuerpo, y que no se deje vascularizar por nada ni por nadie. Vale más conservar piel de corteza de tocino que perecer tempranamente de apoplejía y hemorragia. Adiós, papá en ciernes: haced feliz á mamá.

Esto dijo y espiró.

El Dr. Virchow, saliendo conmigo del lugar de la cruenta escena, exclamó:

— Que lleven al Príncipe al pudridero... ¡Qué conflicto, Dios mío, qué conflicto se nos espera! Colega, presiento que esta muerté dará pie á muchas complicaciones políticas. Van á salir á flote las ambiciones más bastardas. Mi parecer es que aquí no estamos seguros. Yo parto para mi patria: en la barquilla de mi mongolfiera hay plaza para un compañero.

— Con muchísimo gusto aceptaría, á pesar de no ser entusiasta de la aereonauca; mas no puedo dejar de despedirme del Dr. *Equimosis*, que me condujo á este país y á quien soy deudor de muchas atenciones. Ofrecíle encontrarle al proyectar mi regreso, y debo cumplirle la palabra. A más, llevo una misión diplomática que me obligará á detenerme algunos días en la isla de *Trauma*.

— Entonces, si Billrhot no se decide á acompañarme, me iré solo.

— No olvidaré vuestras finezas. Adiós.

— *Leben sie Vohl.*

CAPÍTULO XVIII

DE TROPHOS Á TRAUMA

El lector habrá notado que ni una noche en cama, ni un sueño reparador me habían sobrevenido durante mi estancia en el reino de *Oma*. En efecto: desde la tarde en que tuvo lugar mi anestesia en el *Hospital del Sagrado Miocardio*, hasta el subsiguiente crepúsculo vespertino, que ya empezaba á declararse cuando me despedí del Dr. Virchow, ni mi intelecto ni mis sentidos externos habían probado el reposo. Los pronósticos políticos, para mí muy atendibles, del sabio doctor alemán, no me proporcionaban tranquilidad, y aquí, como en *Itis* después de la proclamación de la República, no pensé más que en el expediente *inhibitorio*.

Corrí en busca del Dr. *Equimosis*; fui á la *Casa de Comida de Callos y Callosidades*, que distaba poco de la *Casa Capitular de los Neoplasmas* y de la *Costanilla de los Epidérmicos*, y encontré á mi colega ocupadísimo en la cocina, hirviendo esponjas finas y macerando, en vehículos antisépticos, acuosos unos y aceitosos otros, largas cuerdas de tripas, ó *catgout*.

— Disimulad mi tardanza, estimado doctor: aquí la vida es un soplo. Vuelvo lleno de impresiones y de deseos de partir.

— Y de patatas, amigo mío, ó sean *quistes ateromatosos*, que hacen por demás inhalarante vuestra persona: sois el *deutóxido de ázoe de la raza humana*.

— ¿También vos os regocijáis de mi desgracia?

— No hay placer para uno que no cueste un dolor á otro.

— Yo quisiera que no hubiese mal que no tuviese su remedio. ¡Patología y Terapéutica en recíproca compensación! He aquí lo equitativo.

— ¿Habláis por vuestros tumores? Esto es una bicoca.

— Es que no recelo de vuestra habilidad; mas temo vuestros emolumentos.

— Soy de la mejor pasta para con mis colegas. Firmad este pagaré: mil marcos por cada *apóstol*: de gracia el de la nariz.

— La operación será dolorosa... Aquí no habrá cloroformo...

— Os *hipnotizaré*... Mirad fijamente á este lancetero de plata... Dormid.

.

Era una hermosa mañana de la segunda quincena de Abril; un soplo fresco de los labios del Dr. *Equimosis*, que me hizo el efecto de la brisa vespertina, descargando, como es natural, á boca de próximo, sobre mis oclusos párpados, me vino á sacar un letargo hipnótico en que el celeberrimo doctor me había sumido el día antes. Ya no me quedaban quistes en el cráneo y había también desaparecido el vigía de mi nariz. Halléme nuevamente en el *Hospital del Sagrado Miocardio*, repuesto de mis fatigas, satisfecho de sueño, y agradecido al buen doctor. Sólo escarabajeaban en mi conciencia los marcos de la cuenta. Restábanme tan sólo dos billetes de mil francos. Imaginé un recurso perentorio, que de pronto me salió al pelo.

— Doctor — le dije á *Equimosis*, — os quedo agradecidísimo; vuestras bondades para conmigo son superiores á toda ponderación. En todas partes alabaré la seguridad y eficacia de vuestros escalpelos y la suavidad de vuestras anestésias. Viéneme un tanto escáso el numerario; mas yo me atrevo á suplicaros os dignéis aceptar esta letra de cambio, que será descontada á la vista por mi excelente y acaudalado amigo el *Proceso inflamatorio*.

Equimosis, como de ordinario acontece en casos tales, en que el *contado* se trueca inopinadamente en *diferido*, debió sentirse contrariado; mas no tuvo valor para rehusar mi oferta, ni se atrevió á dudar de mi formalidad ni mucho menos de la del *Proceso inflamatorio*. Además, la letra tenía un cebo: no era de doce mil, sino de quince mil marcos.

Alargóme la diestra, apretó la mía y me dijo:

— Entre compañeros el dinero no puede ser vínculo, sino materia disolvente. Excusad toda preocupación.

E iba doblando el documento de crédito para guardárselo en la cartera.

Sentime aliviado de un peso mayúsculo. Pensé que mi conspicuo ingenio, que me había librado de las garras conyugales de D.^a *Neoplasia* y del cordel estrangulador del cirujano *Equimosis*, haría lo que aun restaba para cicatrizar del *sablazo* operatorio que acababa de aplicarle al bueno del *Proceso inflamatorio*. Sólo tenía delante de mí un problema de doble enunciado: entregar la carta al *Centauro*... y sin demora, regresar á mi patria.

Salí del hospital á las diez de la mañana; tenía ganas de andar y de comer (sensaciones internas hasta cierto punto antagónicas, que si la satisfacción de la primera acrecienta la segunda, no suele haber recíproca correspondencia: el que está harto anhela reposar).

En *Trauma Chirona* hay de todo y todo es bueno, y lo son indudablemente los restaurants. No quise picar por lo alto (esto sucede siempre y cuando una persona prudente efectúa la parte regresiva de un viaje, habiendo contado con la huéspedea.) Así que no pensé en confortarme en el *Hotel de los Grandes Cirujanos*, que había en la calle de la *Antisepsis*, la más ancha, lujosa y moderna de la ciudad, y también tuve miedo de entrar en el *Gran Restaurant del Centauro*, porque me parecía carísimo. Mi modestia me atrajo á la *Hosteria ó Figón del Alumno interno*.

CAPÍTULO XIX

LA HOSTERÍA DEL ALUMNO INTERNO

El dueño de la *Hostería del Alumno interno* era un joven de 28 años, crónico en la profesión de estudiante y enquistado en las matrículas. Era un gran clorofórmizador; pero era aún más notable por su apego á los goces corporales. Su religión se compartía entre dos entidades: una del género masculino, el vino, y otra formada de múltiples individualidades del género femenino de su propia casta y de la variedad fregatriz. Llevaba una blusa hecha impermeable por el uso culinario, llamada *Mugre*, á causa de la enorme cantidad de esta compleja substancia de que estaba saturada; con ella (con la blusa) á imitación de D.^a *Neoplasia* con el *Blastodermo*, el estudiante, por decocción, infusión ó fritura, elaboraba toda clase de caldos y salsas, á gusto de los clientes.

Por estas y otras condiciones anexas al temperamento del estudiante, los habituales concurrentes al *Bouillón* llamábanle *Crápula*.

Aparte esos defectos, que mejor llamaríanse *excesos*, *Crápula* era lo que se llama un buen sujeto: jovial, expansivo, dadivoso y servicial con sus amigos, hasta el heroísmo.

Murmuraba de la Isla porque albergaba un vampiro: el Emperador; y como hubiese llegado á su noticia que los de *Itis* habían proclamado la República, se estaba preparando para pasarse con armas y bagajes al vecino país.

— Ciudadano — me dijo apenas me hube sentado á la mesa del pequeño *estaminet*, que hacía las veces de comedor, — os tengo muy presente, y con el mayor gusto os ofrezco los servicios de este establecimiento.

— Gracias por todo; más yo no recuerdo á punto fijo donde he tenido el gusto de conoceros.

— En el *Hospital del Sagrado Miocardio*: yo os sujetaba las manos mientras el Dr. *Equimosis* os administraba cloroformo. Sé que sois portador de muchas noticias de entrambos reinos.

— Amigo, entonces sois vos el que cooperó á proporcionarme comodísimo viaje á la tierra de los *Onkos*.

— El mismo. El Dr. *Equimosis* os ha distinguido mucho.

— Pero, ¿no sabéis de qué manera he vuelto de allí?

— Supongo que en el barco de Medea, tripulado por los Argonautas.

— Bien podría ser; pero de mi viaje de regreso estoy tan inconsciente como del de ida. Si en ésta fui anestesiado, en aquélla he sido hinoptizado.

— *Equimosis* es el mismo demonio. El Emperador le tiene en el rabo del ojo.

— A propósito: ¿quién podría proporcionarme una audiencia del *Centauro*?

— No será difícil. Yo soy su Secretario particular y todas las tardes tomamos el opio juntos.

— Traigo para el Emperador una misión diplomática.

— ¿Es de *Oma*?

— No, de *Itis*.

— De *Itis*. ¿Cómo ha quedado aquello?

— No sé bien lo que me queréis preguntar (dije para explorar el *loco dolente* de las afecciones políticas del estudiante).

— Toma: sobre la nueva República, los grandes ideales, el Presidente *Absceso* y demás sucesos agradables que allí habréis presenciado.

— Amigo — dije vislumbrando el punto flaco de mi interlocutor, — aquello va á pedir de boca. La Libertad, la Democracia y los Derechos individuales han triunfado por completo. Ha sido jubilado el *Proceso inflamatorio* y reina en todo el país muchísima alegría.

— ¿Cuándo se declaran independientes?

— Los demócratas no están de acuerdo y presumo que la Restauración trama una celada.

— ¿No ha sido depuesto el *Proceso inflamatorio*? ¿Quién puede alegar derechos á la corona, no teniendo éste sucesión?

— Al *Proceso* le ha salido una hija, ya anciana, y el partido conservador se apresta á tomar por jefe á D.^a *Induración primera*.

— ¡Ah, sí, la que fué educada en *Starkeldorff*! ¡Valiente carcamal! Aquí se la tiene por hija de *Fibroma*, y se dice que si bien nació en *Itis*, fué concebida en *Oma* á la sombra de un algarrobo.

— No tal; el mismo *Proceso inflamatorio* la ha reconocido como sangre de su sangre y carne de su carne.

— Este sujeto es muy bonachón, y como va y viene de todas partes sin parar, confía en las inmunidades que derivan de su *panspermia*. No lo dudéis, D.^a *Induración* es de la familia de los *Onkos*. Y á propósito, ¿no almorzáis?

— En verdad que no le faltan jugos á mi estómago. Apetezco algo fuerte.

— Os voy á dar un plato delicioso.

Volvió *Crápula* con una cacerola de vidriado. Su contenido humeaba y me *sabía* á gloria en las narices. Era una lonja de ternera mechada, nadando en una salsa verde. Un análisis más detenido me hizo ver que entre los ingredientes extra-culinarios figuraban en la cazuela media docena de moscas, dos escarabajos en la agonía de la asfixia, y una salamanquesa cuya cola desprendida clamaba á Dios, agitándose en vertiginosas contorsiones.

— Patrón — le dije, — este manjar es un verdadero museo zoológico. En mi país la ternera se come sola; los insectos y los reptiles se reservan para ciertos pajaritos y pajarracos.

— ¡Ah, bien!... no os apuréis; aquí los extraordinarios no se pagan; comed tranquilo.

Dejé á un lado los *extraordinarios* y engullí como pude la tajada, haciendo caso omiso de la verde salsa.

El postre era deliciosísimo: un *flam* al ron y á la manteca blanca. La parte alcohólica era aguardiente alcanforado; la grasa, cerato de Galeno, mezclado con *unguentum apostolorum*. Se conoce que *Crápula* sacaba partido para sus ingredientes culinarios, de unguentos y pomadas caídos en desuso por virtud de las órdenes de Lister, representado por el Dr. *Equimosis* en el *Hospital del Sagrado Miocardio*.